

GLOSAS Y COMENTARIOS

LA NOVELA SOCIAL CONTEMPORÁNEA EN ESTADOS UNIDOS Y FRANCIA

Bajo el nombre de novela social se pueden agrupar dos significaciones o dos clases de obras totalmente distintas. Las novelas que, siendo espejo y signo del drama de la transformación de la sociedad, reflejan los problemas sociales de la época: lucha de clases, ascensión del proletariado, miseria y rebelión del obrero, problemas de automatización e industrialización, etc. En cuanto tienen relación con ellos cabría admitir la problemática religiosa, política, intelectual. Por ejemplo la novela de Upton Sinclair, *Petróleo*.

Otra acepción de la novela social, en sentido más amplio, se refiere a las obras que tratan de una clase social, aunque no se centren en esos problemas. Novelas, cuyo protagonista es la masa, la colectividad. No interesa tanto el individuo como la sociedad, no la psicología sino la sociología, no el intimismo, sino la materia circundante. Sin meterse tanto en la problemática, sin carga de sentido social, caben también dentro de este calificativo. Por ejemplo *La colmena*, de Camilo José Cela.

Nadie puede poner en duda que las novelas, al fin y al cabo, espejo de la vida, están bajo el signo de lo social. Si todas las actividades del siglo tienen un sentido social, también las novelas irán envueltas en esta significación. Todos los problemas actuales de rebelión o de esperanza, la justicia o miseria, llaman urgentemente a sus puertas. Y la mayoría de los novelistas abren estas puertas, atraídos por un testimonio directo o un documento vivo. A veces, pueden ir dañados por el motivo de una política invasora o por un peligroso snobismo.

Se ha hablado frecuentemente contra esta novela social, ya que ha habido abusos en la repetición del tema suburbial, de los bajos fondos, que responden muy bien al *tremendismo* de la época. No toda novela debe de ser social. El atributo más alto del arte es su soberana e imprescindible libertad. Además, el carácter social de la novela se ha de poner, en un sentido

amplio, por encima de bandería y de sectores determinados. Ni únicamente arrabalismo, ni tampoco aristocratismo. El escritor debe captar la realidad viva, feliz o dolorosa, de una sociedad. Cuando sin necesidad de discursos o sermones se proclamen eternas verdades, se extraiga la esencia misma del pensamiento de una época o del sentimiento de un pueblo, se habrá conseguido una auténtica literatura social.

De lo contrario existen dos peligros. Primeramente que lleve en sí los gérmenes de su propia muerte, cuando falsea las perspectivas y despoja de realidad humana a los ambientes de la sociedad actual¹. Con frecuencia puede caer en la declaración romántica o en una demagogia de mal gusto. En segundo lugar, que esta literatura se vincule excesivamente a determinados ideales políticos o se someta a imperativas consignas, en vez de comprometerse con su tiempo y fundirse con sus rasgos fundamentales. De aquí que mucha de la literatura que se dice social, tenga una directriz política.

Desde que escribió Ortega y Gasset las *ideas sobre la novela* y la *des-humanización del arte* ha pasado mucho tiempo, y ha cambiado la faz de la novela. Ortega y Gasset afirmaba que los hechos y sucesos mediocres de la vida, no debían contar para el escritor. Desterrados los problemas concretos, las preocupaciones de índole social y humana, la novela debía tener una pureza difícil, alejada de la vida real y vulgar. En una fórmula que hizo fortuna definió este intento de romper las amarras de la realidad como «la deshumanización del arte». En esa misma época, en otros países de Europa, la novela como testimonio, propugnadora de un determinado realismo, era objeto de encarnizados ataques. Así se produjo un divorcio entre la novela y la sociedad.

Actualmente la novela se ha proyectado hacia un realismo cada vez más expresivo. No interesa tanto la psicología, el mundo interno, como el mundo circundante. En esto ha influido poderosamente la novela norteamericana. Sus protagonistas serán pobres peones agrícolas, obreros sin trabajo, negros analfabetos. Inútilmente buscaremos en ellos su mundo interno. Se expresan de un modo directo, rudimentario, como en la vida, con sus problemas y sus miserias². Contra aquel arte minoritario, contra aquella evasión inte-

¹ Nadie recuerda ahora aquellas novelas sensacionalistas, inspiradas por la guerra del 14, que apasionaron a millones de lectores, como *Cuatro de Infantería*, *Los que teníamos doce años*, *Europa en delirio*, etc. Solamente se sostiene *Sin novedad en el frente*, y únicamente la crítica francesa cita todavía *Las cruces de madera*, de Roland Dorgelés. También hemos asistido al naufragio de toda la literatura francesa de la Resistencia, fundada en el snobismo de unos años muy breves.

² En esto no se parecen a las novelas francesas que exudan por todos los poros, como dice Alberés «el espíritu crítico de su autor». Es conocida la observación de Gide a Malraux «de que era incapaz de ponerse en la piel de imbécil». Así como la respuesta del autor de *La condición humana*: «Bastantes imbéciles se encuentra uno en la vida para que, encima, tenga que meterlos en mis obras».

lectual que surgía después de la posguerra de 1918, con intentos de abstracción y alejamiento del mundo, se decide la novela a dar cabida a las preocupaciones de la época, a no rehusar intervenir en sus problemas, acusa una intención categórica de hacer luz sobre ellos. Por eso se habla de una literatura «comprometida», o como prefería Américo Castro «arriesgada», es decir, que se juega entera al servicio de una actitud histórica y rehusa cualquier torre de marfil, donde el artista pueda permanecer entregado a su propio deleite, o a la elaboración de una obra sin referencia a la sociedad.

Dentro de cierto tono mordaz, combativo, muy de acuerdo con la época y con la vida dura de la realidad que reflejan, las novelas sociales presentan distintos caracteres, según su país de origen. No faltan obras maestras, pues no siempre el crudo testimonio de la verdad amarga aparece adulterado por pasiones partidistas.

Hasta ahora la novela de Estados Unidos es la que ha tratado con más intensidad y extensión los temas sociales. En esta última época también han brotado en Hispanoamérica potentes novelas sociales, en las que han tomado cuerpo reivindicaciones legítimas o rebeldías ardientes. Las novelas americanas han trazado los cuadros más vastos y movidos de las grandezas y miserias de esta edad material. Menos cargadas de intelectualismo que las europeas, más abiertas a veces al optimismo del futuro, menos al partidismo político, han conseguido dar a sus cuadros terribles de injusticia la vibración necesaria para que nos apasionen. El número de novelas que describen sin paliativo la realidad social o agitación revolucionaria es crecido y de alta calidad. Ellas nos descubren grandes perspectivas. El país de la máxima prosperidad es también el país de los desniveles más impresionantes y de las miserias más duras. Por otra parte, esa nación que aparece tan materialista, es sin embargo, tierra de poetas, abiertos a la misericordia y a la ternura, al anhelo de justicia y de que los hombres sean mejores.

ESTADOS UNIDOS

Cuando hacia 1930, a consecuencia del crack financiero americano quebraron muchas empresas, se produjo un cambio de orientación en la literatura de Estados Unidos. Bajo la presión de los acontecimientos, se sacrificó la doctrina de el arte por el arte y de la experimentación estética a la de la responsabilidad colectiva y a la musa social. Por muy loable que fuera ese esfuerzo, cayó fácilmente en los excesos del folklorismo, y sobre todo en un arte sometido al determinismo económico.

Por otra parte, enfrente a la crisis económica, mientras en Europa se amontonaban ya las nubes que anunciaban la guerra, muchos escritores americanos buscaban la salvación y la seguridad en el pasado nacional. Las novelas de tesis sociológicas y las obras románticas que evocan el pasado histórico de los Estados Unidos se repartieron el interés del público.

Los problemas sociales contemporáneos; racismo, para obrero, lucha de clases, servidumbre, etc., fueron tratados en novelas naturalistas, que a veces se convertían en meros reportajes. Pero también aparece la epopeya de las grandes ciudades fabulosas, de las fortunas desmesuradas, de los hombres infinitamente audaces, que, negocio en mano, adquieren estatura de semidioses y de los pobres zarandeados por la miseria. Diríamos que estas grandes novelas sociales son los epígonos del naturalismo europeo del siglo XIX.

En este naturalismo el individuo apenas cuenta. El triunfo de estas ideas sociales en la vida y en los escritores señaló otra América, distinta de la ingenua y optimista de Mark Twain. Más que teorías literarias bulle en la nueva generación fermento de ideas revolucionarias, nueva tensión entre las clases sociales, miserias de pobres y ambición sin escrúpulos de las clases ricas. Así nació la crítica de la sociedad, cuyas injusticias iban a denunciar Norris, Dreiser, Crane, quienes admiraban, por otra parte, las fuerzas nuevas.

Aparecen esos «documentales» sobre los colonos del Sur, sobre las fábricas textiles o las siderúrgicas de Pittsburgh, con alegatos de sociología marxista, disfrazados de novela. Las doctrinas políticas de extrema izquierda tuvieron una influencia muy marcada sobre los escritores de esta época. Se perciben en sus obras las resonancias de la guerra de España —*Por quién doblan las campanas*— y de la revolución de Mussolini.

Dos pasos en el escritor de su generación que mejor ilustra la transición de la época estética a la literatura social. Con Steinbeck llega a su punto culminante. Después, como toda literatura de circunstancias, envejece. De todos aquellos escritores jóvenes «proletarios» pocos han continuado su camino hasta la actualidad. Hoy solamente Richard Wright y James Farrell permanecen en este ideal de novela social.

La cabaña del tío Tom, de Harriett Beecherstowe, es la primera novela social del siglo XIX. Antiesclavista y un poco folletinesca con todos los horrores de la esclavitud, contribuyó poderosamente a la liberación de la raza negra.

Upton Sinclair con tenacidad infatigable denuncia los fraudes escandalosos de las oligarquías tiranizadoras. Ha sabido llevar a la novela sus inquietudes socialistas. En fuertes cuadros proletarios fragua un duro ataque al capitalismo americano. Su novela *Petróleo* ha sido muy leída en Rusia y tiene todos los defectos del folletín.

Luis Bromfield nos ha dejado en *Y vinieron las lluvias*, la historia de una familia de industriales con todos los problemas obreros y complejos de fábrica, narrados maravillosamente por la pluma vigorosa de su autor.

El novelista más representativo de esta literatura social es John Dos Passos. Por sus libros desfilan los problemas e ideales del hombre contemporáneo, sus instintos de solidaridad con los demás hombres y su rebelión

ante la injusticia. En ellos vive un país de crecimiento increíble, cuya historia da en pocos meses pasos gigantescos que requerían siglos. Dos rasgos en una dinámica trilogía intentó evocar literalmente esa carrera devoradora. *Manhattan Transfer* es la impresionante crónica de la vida neoyorkina. Hombres y mujeres de todas las clases sociales entrecruzan sus historias y tienen respiración de seres vivos. Su autor nos pinta con gran penetración psicológica la conversión del hombre en átomo o partícula de una sociedad mecanizada. En un mundo trágicamente frívolo, subraya la nota de cansancio y tristeza, sin ninguna grandeza ni tragedia.

Se compone de las tres siguientes: *El paralelo 42, 1919* y *The big money*. En la primera el socialista Leary abandona a su mujer para irse a México a trabajar por la revolución. Ward encarna el materialismo arribista, que se ocupa de reconciliar el trabajo y el capitalismo, es decir, según el autor, en esterilizar el movimiento obrero en favor del industrial. Anderson es el socialista que se interesa por el movimiento sindical. *1919* trata del tema de la guerra mundial. En ella, un marino encarna al hombre impotente contra su destino devorador, *The big money* es la lucha entre los poseedores y los desposeídos, inútil y cargada de un fracaso inexorable. En medio de una orgía de especulaciones bursátiles a la caza de dólares, demuestra la muerte del alma de la civilización moderna. Dos Passos es un amargo romántico, un desilusionado del ala izquierda.

Fuera ya de la trilogía escribió *Aventura de un joven*, en que trata de demostrar la imposibilidad de una verdadera democracia de masas. En ella demuestra el fracaso de principios, como en la anterior trilogía demostraba el fracaso de personas.

La literatura social ha sabido también sonreír con la guasa punzante de la sátira o con la inocencia de la tranquila alegría. *Babbitt*, el buen burgués que creó Sinclair Lewis, es un ejemplo, y por esto se le otorgó el Premio Nóbel. *Babbitt* es la epopeya del hombre de negocios contemporáneo que trajo a Europa la definición del americano medio. Zumbón, bonachón y malicioso, el autor entremezcla diálogos de comedia a cargo de millonarios que se parecen poco a esos monstruos devoradores de las novelas sociales. A *Babbitt* siguió *Arrowsmith*, que tiene por tema el conflicto entre el idealismo del investigador y el materialismo de quienes trabajan por explotar sus descubrimientos. *Elmer Gantry* llamó la atención por sus violentos ataques contra el clero. *Calle mayor* fué la primera novela del autor y la primera gran novela americana de una época tan rica en eras notables. *Dodsworth* relata los roces de un hombre de negocios, inteligente y sensible, con su mujer. En todas sobresaie la sátira amable, pícaro, sin demasiada hiel.

Más intenso y original es John Steinbeck, cuya obra *Las uvas de la ira* es la mayor novela de tipo social. Se ha dicho de ella que representa *La cabaña del tío Tom*, de 1930. La familia Joad abandona la hacienda devastada y huye hacia la tierra prometida de California. Allí es explotada inicuamente. La cólera a través del esfuerzo cotidiano constituye la trama. Es

la epopeya de la condición proletaria agrícola, aunque cuando habla de los problemas de agricultura se reducen a charlas de café. *Al este del Edén* es un largo debate sobre el problema del bien y del mal a través de una filosofía sobre Caín y Abel. Todo un fresco de una generación californiana con sus problemas sociales. *En un combate dudoso* los trabajadores agrícolas son explotados por los proletarios. El partido comunista envía agentes para la huelga. Aunque ésta fracasa, su autor muestra simpatía por los oprimidos. Representa la expresión más exacta de la crisis económica del decenio 30-40.

Steinbeck por mucho que cultive literatura de intenciones revolucionarias, no deja de creer en la bondad de los hombres y el mayor mérito de sus novelas está en la creación de unos tipos pintorescos, herederos de la picaresca y de los vagabundos románticos, que pueblan también sus novelas *Tortilla Flat* y *Los arrabales de Cannery*. Mendigos llenos de buen humor y desprecio de los bienes materiales con un gran sentido del compañerismo y de la fraternidad humana.

James F. Farrell a través de las peripecias de dos personajes marcadamente autobiográficos, refiere un período de la historia de Norteamérica contemporánea en una trilogía. Aunque es oriundo de humilde familia católica de Chicago, defiende un determinismo económico y teorías marxistas. En su obra *Studs Lonigan* evoca los instantes más agudos de la crisis con fuerza y patetismo al ritmo de la triste juventud de su protagonista. *Lonigan* es el joven que pierde sus ideales y se corrompe víctima del ambiente social y de la ociosidad. A la pregunta qué haremos en esta vida, responde: destruirnos. *El juicio final* termina la historia anterior. A los veintisiete años se da cuenta del fracaso y muere, debilitado por el alcoholismo. Quiere reflejar con este caso clínico el fracaso de la sociedad actual.

La tercera obra de esta trilogía es *Danny O'Neill*. Trata del amigo de Studs, Danny O'Neill que figura ya en *Lonigan*. Contiene una serie de obras. *Danny* es un Studs que se ha liberado, que ha escapado al fracaso. Pero este héroe que triunfa nos impresiona menos que *Studs*, que fracasa. Farrell es más convincente cuando habla de su descomposición moral, que cuando habla de salvación, en la cual no cree.

Más tarde ha compuesto una crónica sobre la evolución de un escritor de izquierda. Farrell es un gran observador y demuestra un gran conocimiento del ambiente de los emigrantes irlandeses en Chicago. Deja una gran impresión en el lector la patética situación de esos hombres manejados como monigotés por el azar de las coyunturas económicas, ricos y pobres, sucesivamente, como ha escrito Rodríguez Alcalde, en virtud de maquinaciones y operaciones que no entienden. En medio de ellos aparece un muchacho arrastrado por la vorágine de la ciudad, pervertido neciamente por placeres que no le satisfacen y compañías que le aburren. Su borrachera es recurso contra el aburrimiento y el sentimiento de su propia inutilidad.

Erskine Caldwell es cronista de los colonos atrasados y miserables de Georgia. Nos muestra la inadaptación social del viejo Sur, la injusticia y los efectos del hambre y de la miseria. En *la tierra de Dios* un blanco, Ty, está obsesionado con la idea de encontrar oro en su finca. En ella aparecen vigorosas descripciones de una huelga, que es la protesta social más efectiva, según su autor. Le quitan valor las pasiones sexuales obsesivas, que manchan la obra.

El camino del tabaco muestra los agricultores que mueren de hambre, víctimas de un sistema económico, cuyo error hace ver el autor. Las cooperativas y las asociaciones del campo los hubieran salvado. También aparecen fuertes pasiones sexuales. Los protagonistas mueren de hambre y de miseria, lentamente, pero late en ellos un profundo amor a la tierra y a la carne. Las fábricas no son para los hombres que tienen anhelos en la sangre. No quieren abandonar las tierras para trabajar en ellas.

El dolor más o menos disfrazado de animal resignación domina en todas sus obras. Estos seres primitivos en pleno siglo XX, sin claras nociones del bien y del mal, están endurecidos como la tierra que se resiste a darles frutos. No se imagina uno semejantes seres.

THEODORE DREISER abandonó su familia para entregarse al periodismo en Nueva York, en donde vió la situación de los pobres, zarandeados por un sistema económico defectuoso. Es el mejor de los escritores naturalistas. Por su densidad e intensidad balzaciana de sus personajes ha señalado una época en los Estados Unidos. Ataca a la sociedad puritana, a la que consideraba una clase enemiga.

El financiero tiene por protagonista a un tiburón de las finanzas que no cree en nada, sino en la victoria del más fuerte y en el poder de los instintos. Al lado de esta bestia salvaje de los negocios los *Babbitts* son modestos roedores. Se ha querido ver en él al propietario de tranvías de Chicago, Yerkers, a fines del siglo XIX. *El titán* es la continuación de *El financiero*. El protagonista amasa una inmensa fortuna, en Chicago, especulando trigo, sin escrúpulos. La sociedad que representa está compuesta por víctimas y verdugos y el dinero es el factor determinista, a lo Balzac. El dinero es apetecible por el poder que supone.

La tragedia americana es la última gran obra de este autor. Su protagonista Clyde Griffiths es el antihéroe. No tiene ninguna de las cualidades de titán de los anteriores. Es un pobre diablo, víctima impotente de las fuerzas biológicas y económicas, producto de un determinismo puro mecánico.

NORBERT WIENER, matemático, representa el humanismo científico que trabaja con máquinas de pensar. *La cibernética* es la ciencia de los que gobiernan y controlan el empleo humano. Describe las consecuencias de la nueva ciencia en el campo social y la actividad de los grandes laboratorios que construyen máquinas de pensar y están en camino de reinventar el lenguaje.

FRANK NORRIS simboliza un naturalismo integral. En sus obras aparecen frescos sociales, como rascacielos sin terminar. Tiene una trilogía sobre la fuerza vital del trigo, su cultivo en el Far West, su transporte y exportación a Europa.

The Pit es la especulación del trigo en la Bolsa de Chicago con un estudio impresionante del capitalismo tiránico de finales del siglo XIX.

RICHART WRIGHT, novelista negro, gusta de tratar al hombre acorralado por una civilización hostil. Muestra influencia de Sartre, según el cual el hombre no se define sino que se hace. *Hogar en Harlem* representa una protesta social con interesantes aspectos folklóricos. *No trate de ser comunista* es un testigo emocionante del drama de la desilusión del ala izquierda, como en las obras de Dos Passos, Hemingway y Farrell.

STEPHEN CRANE es el mejor dotado en la generación de los primeros naturalistas. *Los ídolos se derrumban* quiere representar al hombre perdido en el universo, víctima de una naturaleza indiferente. Domina el sentimiento y es escéptico y blasfemo. Cuando un hombre, afirma, se da cuenta de que la naturaleza no le concede ninguna importancia su primera reacción es arrojar piedras contra el templo, pero comprueba con amargura que no hay piedras ni templo.

Hemos visto brevemente la novela americana que durante mucho tiempo fué abiertamente social. Los novelistas americanos vibraron al ritmo de sus máquinas, gritaban en nombre de los obreros oprimidos o describían el éxodo hacia tierras más ricas y vida más feliz.

F R A N C I A

En Francia, tenemos que reconocer, no es tan abundante ni valiosa la novela social, como en Estados Unidos y en España, y en especial la pintura de las clases modestas o del proletariado. El 85 por 100 de los personajes en las novelas francesas, ha señalado el crítico René-Maril Alberés, tiene su título de bachiller o su certificado de estudios. La novela francesa es burguesa, no porque sus tendencias sean conformistas ó reaccionarias, sino porque sus personajes y ambientes, aun los más subversivos, no suelen pertenecer al proletariado. Por otra parte en Francia hay una vieja cepa de intelectuales escépticos con la convicción de que todo esfuerzo es vano en un mundo absurdo que produce náuseas, desesperación, como Sartre, Camus, Simone de Beauvoir, etc. Para ellos no puede darse una novela social, que ha de apoyarse en la acción y en la esperanza de un mundo mejor.

Desde la novela de Zola, no ha acusado con fuerza y con autenticidad su presencia el mundo del pueblo y de las últimas capas sociales. Los bajos fondos que nos pintan, sórdidos y depravados, son muchas veces convencionales. No ha sucedido así en el cine, ya que las películas de René Clair han

descubierto al pueblo francés con un fondo de verdad y poesía. Todavía no se ha producido la novela duradera, aunque existe la novela llamada popular. Sus autores son más bien de segunda categoría.

El primero que en este siglo vibra duramente con el problema social es León Bloy, poeta iracundo y artista profético. En su obra *La sangre del pobre* recoge los quejidos de todos los desgraciados y rasga la cortina de la lujuria, el odio y el hambre fratricida. *La mujer pobre*, *El mendigo ingrato*, *El peregrino de lo absoluto* son otras tantas obras llenas de ese fuego devorador y renovador que alimentaba el corazón de León Bloy, católico a su modo, con un gran hambre de justicia social.

Cuando apareció en 1932 *Voyage au bout de la Nuit*, León Daudet adivinó el genio de Louis Ferdinand Céline, su autor, como había adivinado quince años antes, el de Proust y, hacía cinco, el de Bernanos. Es sin duda, el autor de mayor talento en esta novelística popular. Abrió terribles grietas en la carne de las ciudades, sacando toda clase de trapos sucios. En el lenguaje opulento y maloliente, al mismo tiempo, el protagonista Bardamu, cuyas aventuras y bufonadas parecen de pesadilla, fustiga a la sociedad moderna con sus guerras, sus atropellos coloniales y sus imposturas. Esta noche, hacia la cual camina, es la noche de la vergüenza, de la muerte, del crimen, sin que aparezca jamás la luz de la esperanza. En su implacable pesimismo la novela es un testimonio de las convulsiones del mundo en crisis, del envilecimiento de una clase que está entre el pequeño burgués y el proletario. Céline es el precursor de la literatura negra de Sartre y sus discípulos. Esta apocalipsis de estercolero, ha dicho Rodríguez Alcalde, llega a alucinar como un cuadro de Solana o una gigantesca diablería del Bosco. En las otras obras, como *Bort a crédit* y *Bagatelles pour un Massacre* (diatriba antisemita) parece su autor condenado a vivir igualmente en el odio y en la impureza, como Sísifo en la roca. Ha querido mirar al hombre en un espejo sucio. Es una personalidad poderosa, pero su valor documental es muy discutible, ya que escribe siempre zarandeado por la pasión y el pesimismo.

Marcel Aymé aparece como un narrador truculento y agradable, muy cerca de Rabelais. Su célebre novela *Jument verte* es una divertida crónica de un pueblecito francés, después del segundo Imperio. Revela un gusto por la observación y por las leyendas de terror. Sus pinturas están llenas de gallardía y de un realismo duro. Las mismas cualidades encontramos en *Contes du Chat perché*, que se dirige a los niños. La fantasía y la sátira se encuentran en *Travelingne* y en *Passe-Muraille*.

Dos nombres reflejan la vida del pueblo bajo ángulos parecidos: Raymond Queneau y Louis Guilloux. El más brillante es Queneau. En *Le dimanche de la vie* hay filosofía, humor y cierta humanidad superior a Céline, a pesar de la negrura de las descripciones. Una aura de poesía, análoga a la de los films neorrealistas italianos, cruza por los suburbios sucios, por las tierras miserables, por los lugares de feria que describe. Su influencia es

grande en una juventud de novelistas que han buscado en el exotismo arrabalero y en los cafés sórdidos el tema de sus obras.

Menos brillante, pero más profundo y sólido, es Louis Guilloux muy conocido desde su primera obra *La maison du peuple*, en la que nos da cuenta de los sufrimientos, y esperanzas de una juventud pobre. *Le sang noir* es un severo alegato contra la burguesía a través de un episodio de la guerra civil en Saint-Brieuc. En *Jeu de Patience* describe los avatares de un grupo de provincianos entre 1912-1943. Hay en ellos una fuerza amarga y una espontánea energía, propia de la vida.

León Lemonnier, aunque novelista aristócrata y mundano, fundó una escuela de novela popular. Trata de pintar la vida de la gente humilde, pero con medida, sin caer en excesos, ni en las ideas preconcebidas del naturalismo. Esta escuela popular dió novelas como *Sans Ame*, de Trérive, con la pintura de la triste «banlieue» de París; *Hôtel du Nord*, de Eugenio Dabit, con el cuadro de un modesto hotel de barrio. Leon Lemonnier en *La Femme sans péché* analiza con delicadeza moral el carácter admirable de una mujer. se ha tildado a estos novelistas de poseer un espíritu burgués. Por eso Poulaille creó otra escuela proletaria, opuesta a la primera.

Las novelas de André Chamson se realizan en la región de Cévennes. Pero el novelista no tiene únicamente la ambición de pintar su provincia. En cada libro plantea un problema humano. En *Les hommes de la route*, describe a los aldeanos, profundamente arraigados a la tierra, a quienes amenaza una forzada y dura emigración. En esta obra da más importancia a las realidades sociales. *Heritages* analiza la degradación moral de cierta burguesía. *L'Année des vaincus* muestra la confusión de la conciencia nacional, después del triunfo del hitlerismo. Sus novelas son un testimonio apasionado de una época, llena de dramatismo e inquietud.

Enrique Barbusse apareció en el campo de la novela con un ambicioso fresco social, *L'Enfer*. Su mejor obra es *Le feu*, el diario de una escuadra, en el que se encuentra pintada con un realismo desnudo la vida de trinchera con sus terribles horas. Es esta protesta violenta contra la absurdidad de la guerra. Cree que es un crimen mostrar el lado bueno de estas luchas. Así nació en él un ideal revolucionario que se afirmará sistemáticamente en *Clarté*.

Después de su adhesión al comunismo staliniano, Aragón se declaró, en materia de arte, por un realismo socialista. Sus novelas se reducen a un ataque duro contra un régimen, llamado a desaparecer, según él, por necesidades de la historia. *Les cloches de Bâle* y *Les beaux quartiers* evocan la sociedad francesa durante los años que precedieron a la primera guerra mundial. Las grandes manifestaciones de la vida política ocupan el primer plano, como el Congreso Internacional contra la guerra, celebrado en Bâle. La segunda novela pinta el cuadro de una ciudad imaginaria de la Savoya, y nos hace ver con ferocidad las bajezas y villanías que se esconden bajo el

manto tranquilo de un pueblo provinciano. Su talento va puesto siempre al servicio de su causa. Un nuevo ciclo de novelas *Les communistes* recoge los acontecimientos posteriores a la segunda guerra. Todas van orientadas a sus fines ideológicos comunistas.

De popularidad superior a los anteriores es Maxence Van der Meesch, el autor de la conocida novela, en España, *Cuerpos y almas*, llamado el Zola cristiano, por el realismo y plasticidad con que pinta los más sórdidos ambientes. Nacido de una familia de industriales del norte y en rebeldía contra el ambiente que le rodea, consagró su obra al drama de los pobres y humildes, bajo una perspectiva cristiana. Es un místico del sufrimiento y de la pobreza. Se consagró de tal modo a la clase obrera que se casó con una mujer cogida del arroyo. *Cuerpos y almas* es un violento ataque contra los abusos y egoísmos de la medicina oficial. Tuvo un gran éxito. Murió prematuramente tuberculoso, tal vez víctima, en parte, del clima de la Mancha y de la terapéutica vegetariana que adoptó.

Quien quiera conocer bien los problemas obreros de este siglo: sus huelgas, la corrupción, engendrada por la pobreza —en *La Fille pauvre* plantea el caso de la muchacha que se prostituye de buena fe para que puedan vivir sus padres, enfermos y hambrientos— la evangelización de los centros obreros, el trabajo duro y miserable recompensado, etc., deberá acudir a sus novelas *Invasión 14*, *L'empreinte du Dieu*, *Quand les Sirènes se taisent*. Como todos los que escriben guiados por santa ira tiene peligro de exagerar la realidad y manejar a los personajes como muñecos para demostrar sus tesis. Como narrador posee todas las cualidades para embelesar al público.

Otro novelista católico, especializado en el testimonio social, es Gilbert Cesbron, el autor de *Los santos van al infierno*, novela muy divulgada en España. Sus primeras obras son un eco de la vida de la infancia. Así *Innocents de Paris* hasta *Chiens perdus sans colliers* sobre los jóvenes delincuentes. Su origen burgués parecía que le iba a conducir por la línea de René Bazin. Pero este narrador tierno y poético es un hombre del siglo XX, alerta a los problemas coloniales y a las cuestiones obreras. El más celebrado de sus libros ha sido *Les saints vont en enfer*, en el que aparece la vida de los sacerdotes obreros. Su intención fué darnos cuenta de un apostolado nuevo y, al mismo tiempo, pintar la miseria obrera y esa lépra que es el suburbio de París. Más que la clase obrera consciente y organizada, describe un sub-proletariado miserable y sórdido. Más que la fábrica aparece el barrio. Sus obreros y sus mendigos son de carne y alma. Por eso su mérito principal es el ser un documento humano de primer orden. Aun las escenas más inverosímiles, como el billete de mil francos caído del cielo, el obrero que se mata, después de haber escrito: *Señor, estoy encadenado, voy hacia Ti*, son auténticos, pues él conoció a los sujetos. El problema de los sacerdotes obreros está reproducido con toda la fuerza de la realidad. Su última novela *Vous verrez le ciel ouvert* marca una decadencia, y envuelve una retórica barata. En un clima psicológico de un nuevo Lourdes hacer dialogar a un

obrero, a un comunista y a un ingeniero acerca del milagro que se ve venir. Merece simpatía la confianza indestructible que muestra siempre en la vocación espiritual del hombre.

La novela de sacerdotes en estos medios obreros se puso de moda en Francia, durante unos años. *Le chien du Seigneur*, de Jean Anglade, trata del sacerdote dominico, que trabaja como obrero. Le hace caer en pecados de moralidad con situaciones un poco convencionales, sin densidad humana. De mayor valor literario y humano es la novela de Roger Bésus *Cet homme qui vous aimait*, heredera de *Journal d'un curé de champagne*, de Bernanos. En ella aparece el problema de un pueblo pacífico y religioso que pierde su fe al traer a él un centro de investigaciones atómicas. Todo a través del corazón del párroco, Annebault, lleno de angustias y celo. Beatriz Beck con *León Morin* nos da la novela del ateísmo vencido en el alma de la mujer Barny, rebelde y agnóstica, quien al ponerse en contacto con el sacerdote León Morin, le hace caer a éste y perder la fe, mientras ella la recupera. La novela sucede en un ambiente proletario duro. Otras novelas con descripciones vivas de los medios obreros han sido *Rue de Notre Dame*, de Pezeril, y las dos traducidas al español: *En la misión de París*, de Bela Just, y *Cristo de incógnito*, de José Alzi, por no citar sino las más conocidas.

IGNACIO ELIZALDE, S. J.